TABIQUE

revista para la obra la zozobra y los colados



$20 precio

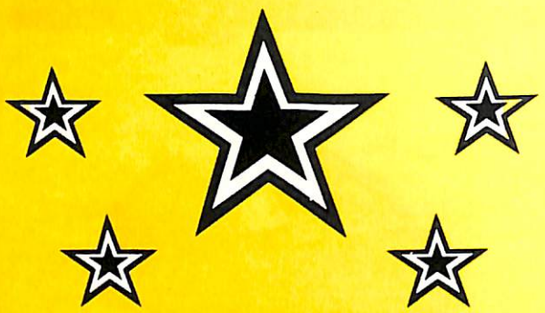
5

número

$20 precio

JULIO-AGOSTO

núm 5 núm 5 $20 pesos



DIRECTORIO

Dirección: *Josué Gerardo Ochoa Fragoso*

Edición: *Carlos Francisco Gallardo Sánchez*

Corrección de estilo: *Félix Vergara López*

Difusión y relaciones públicas: *Daniel Domínguez Zetina*

Distribución y comercialización: *Zaira Espíritu Contreras*

Diseño gráfico: *Cristóbal Sánchez, Ricardo Alonso*

Consejo editorial: *Carlos Francisco Gallardo Sánchez, Félix Vergara López, Daniel Domínguez Zetina, Zaira Espíritu Contreras, Cristóbal Sánchez, Ricardo Alonso, Daniel Vázquez y Gerardo Ochoa Fragoso*

Colaboran en este número: *José Antonio Aspe, Alejandra Chio Bazany, Isadora Escobedo, Pável González Briones, Raquel González Franco, Braulio Hornedo, Víctor Leyva, Gabriel Mayorga, Oscar Rodríguez, Efraín Trava, Diana Urdapilleta Altamirano, Daniel Vázquez, Diego Velázquez Betancourt y Héctor Zetina Vega*

TABIQUE

Revista para la obra, la zozobra y los colados es una publicación bimestral independiente, elaborada en algún lugar del valle de Cuauhnáhuac. Carecemos de certificados de licitud de título y contenido. Registro en trámite. TABIQUE publica literatura y periodismo. El punto de vista de los colaboradores no representa necesariamente el de la publicación.

Nuestro correo electrónico es: tabiquerevista@hotmail.com



Tened piedad de nosotros que siempre
[combatimos en las fronteras
De lo ilimitado y del porvenir
Piedad de nuestros errores piedad de
[nuestros pecados.
Apollinaire

Cuernavaca, vista desde esta trinchera, aparece como una ciudad de presente, anclada un tanto en el pasado y ciega en su camino hacia el futuro, si bien su porvenir se advierte como la inminente repetición de esquemas ya trazados. En su condición de frontera hacia la megalópolis, se observa como hija del choque entre lo rural y lo urbano, y como madre de infinidad de mestizajes.

En calidad de polis circundante, a la vieja y la nueva Cuauhnáhuac, según un extraño principio de caridad, le llegan desde más allá de la montaña las gotas que el poder del centro desborda en sus orillas (como ocurre también entre la capital morelense y los pueblos cercanos). Sin embargo, en un sentido contrario (ora sí que de aquí pa'allá), aunque quizá en menor cantidad, la corriente también va, el afluente sigue su curso y no se agota.

O en otras palabras: ante el influjo de la polis-capital (el descomunal centro), al Caballo de Troya homérico, como símbolo del devenir cultural (García Canclini, *La Jornada Semanal*, 09/11/97), le sale otra cabeza como al Cancerbero (de acuerdo con la obra de Marcos Ramírez Erre) y va así no en un único sentido sino, como la carretera libre, la de cuota o hasta el camino semirrural hecho a escalas, en dos y hasta en otros más.

Esto es lo que trae TABIQUE en esta entrega. Por la puerta trasera llegará usted a la *Ruta Cuernavaca-DF*, un *dossier* que aborda la relación cultural que históricamente ha existido entre la gran urbe, la Ciudad de México, y Cuernavaca, periferia insurrecta. En este *dossier*, gente como José Antonio Aspe, Oscar Rodríguez, Magali Lara, Isadora Escobedo Contreras, Pável González Briones, Daniel Vázquez y Diana Urdapilleta Altamirano trazan desde su particular visión las líneas sutiles que unen a estos dos destinos.

Del otro lado, por la puerta de enfrente, llegará al encuentro de las voces de Gabriel Mayorga, Raquel González Franco, Braulio Hornedo, Alejandra Chio Bazany, Héctor Zetina Vega, Efraín Trava y Diego Velázquez Betancourt, así como al *Ensayo para un monólogo* del artista plástico Víctor Leyva. Obviamente, no podía faltar en ambas facies de la revista uno que otro colado.

Una cosa más, lector: el TABIQUE es para la obra, es decir, para la construcción. No le saque, éntrele, le prometemos que no le va a doler...

El sitio

Gabriel Cruz Mayorga

1

Me fui a buscar poesía
y regresé con el cuaderno vacío
pero con silencios hondos

La vida está más allá me decía

Caminé

Traje un volcán en la espalda
un camino en los pies
y me senté a vivir

Hoy el polvo de las cosas me habla
es más
acabo de encontrar el lomo de un
libro
donde está escrito el título de mi
poema

Se va a llamar el sitio
por todas aquellas cosas que
buscamos
y están aquí

2

Debajo de la lengua
tengo guardado palabras para el
silencio
a veces queman
o giran como el mundo que se va

Ya dije que traía un volcán en la
espalda
y un camino en los pies

Bueno

A veces duelen

3

Por la comisura del ojo
suceden cosas

Estoy escribiendo un libro
donde el mundo se levanta
del polvo

Donde el mundo calla su dolor
y duerme en su sitio

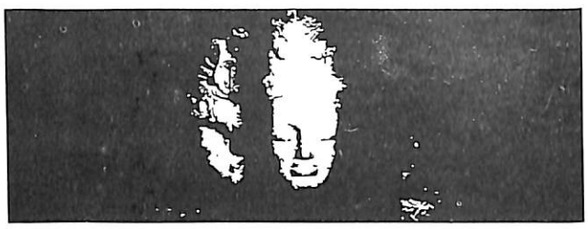
Estoy escribiendo un libro
donde el silencio se abre
el polvo de las cosas queda
y la gente se va

Yo me quedo aquí
en el sitio
con mi volcán en la espalda
y un camino en mis pies.



Shiva: la vibración del silencio

Héctor Zetina Vega



No te arredres. La ergástula es oscura,
La firme trama es de incesante hierro,
Pero en algún recodo de tu encierro
Puede haber una luz, una hendidura.
El camino es fatal como la flecha.
Pero en las grietas está Dios, que acecha

Jorge Luis Borges
Para una versión del *I King*

A Elsa Cross

¿En dónde está el origen de lo Inefable? ¿De qué espacio interior surge la voz del Espíritu que invocamos en oraciones y poesías? Y antes de esto, antes aun que nuestra voluntad tome conciencia de que existe, ¿en dónde reside? ¿Está ahí, acechando entre las hendiduras, como en el verso de Borges?

Milenios atrás, en el valle del Indo y en los Himalayas; antes que Abraham, Zoroastro o los cretenses; ascetas veneradores de Shiva, quizá el nombre más antiguo de un dios que aún se adora, proclamaban en silencio la respuesta. Concentrados en el principio supremo, y como se hacía desde incontables generaciones, se entregaban con profunda devoción a prácticas espirituales siguiendo las prescripciones que de boca de sus maestros habían recibido.

> Por una práctica asidua,
> aquello que se ha desplegado
> ampliamente se reabsorbe,
> aquello que está dotado de forma y cualidades
> con el vasto Vacío se ha intimamente fundido,
> incluso el Vacío ha desaparecido,
> sólo queda entonces lo Inefable.
> Tal es, oh Brahmin, la Verdad a obtener.

Reabsorción por medio de la práctica constante, asidua (1), a la semilla desde donde se ha desplegado el ininterrumpido fluir del pensa-miento. Devoción, meditación, canto, purificación, contemplación, repetición del mantra, soledad, ejercicio, trabajo desinteresado, disciplina: las técnicas de inmersión en el silencio.



Siguiendo los pasos del dios danzante

En la cosmogonía tradicional hindú, Shiva o Rudra como también se le conoce, junto con Brahma y Visnu, es elemento de la Trimurti, o la triple forma de Brahman. Shiva en Brahman, el absoluto, representa al dios de la disolución en el eterno devenir cósmico; pero junto a este concepto de destrucción, *de señor de las tormentas, tempestades y catástrofes* se habla también de su carácter benéfico y propicio.

> De acuerdo con una de las derivaciones de la palabra *Rudra* propuesta por Sayana, quien es autor de algunos comentarios al *Veda*, se le llama así al dios porque aleja el sufrimiento o el pecado (rud dravayita). Es significativo que la palabra Shiva también pueda interpretarse en el mismo sentido. Sho, significa "adelgazar" o "atenuar" y Shiva significa en consecuencia "el que atenúa el pecado (ashubha)". Shiva significa también "el que es propicio" (2).

En algunas secciones del *Rig-veda* se identifica a Shiva como Brahman y en el *Yajur-veda* se le entiende como fundamento único de la realidad.

> En la sección *Sata-rudriya* del *Yajurveda*, hay una importante letanía dirigida a Rudra. Ahí se describe a Dios como el Todo y como el señor que es favorable a todas las criaturas (3).

Pero no sólo en los Vedas encontramos esta idea del dios Shiva como principio supremo, en la *Shvetashvatara* y la *Atharvashiras Upanishad* también podemos observarla

> Él es todos los dioses y diosas, como *Brahma, Visnu, Maheshvara, Uma, Vinayaca, Skanda, Indra* y *Agni*. Es todos los mundos y las categorías. Es de la forma del universo (*vishva rupah*) (4).

Sin embargo, es en los puranas shivaístas y particularmente en los shiva-ágamas y los nígamas tántricos donde se enseña la doctrina Saiva. Incluyen los mitos, las formas del culto, los cánones estéticos, las instrucciones de meditación, los aforismos y los preceptos de la doctrina. *Tantra* significa *aquello que salva al difundirse.*

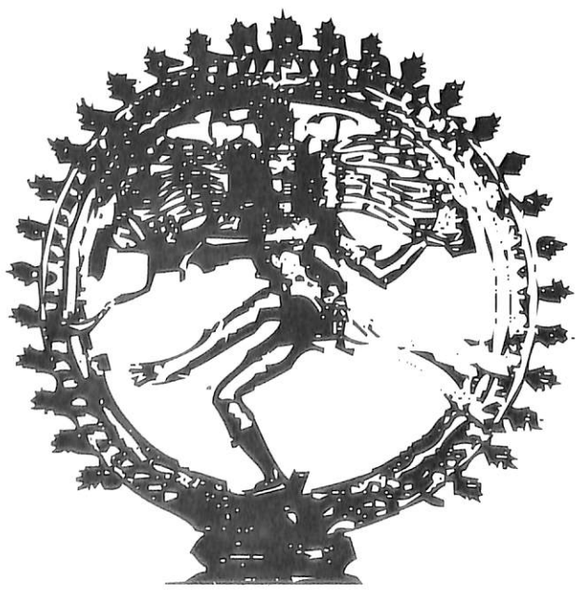
Los shivaístas consideran como principio supremo a Paramashiva que tiene contenida su propia Trimurti. Es en la imagen de Nataraj, la figura danzante de Shiva, donde se expresan los elementos del devenir tanto en la dimensión cósmica como en la dimensión humana. Según Srikantha, filósofo de la tradición *sivadvaita*, la Tandaba del Nataraj, o danza de la destrucción que se lleva a cabo en el centro del universo, representa las cinco etapas del proceso cósmico: creación, *srsti*; preservación, *sthiti*; destrucción, *samhara;* ocultamiento, *tirodhana*; y revelación de la Gracia, *anugraha*. Estas dos últimas etapas son cruciales para entender la importancia de Shiva en la filosofía hindú. El ocultamiento es la incapacidad de intuir el sentido espiritual de la realidad debido al incesante discurso de la mente condicionada por el egoísmo y el deseo; en la imagen de la danza se representa con el enano Apasmara, al que Shiva mantiene aprisionado con su pie derecho, mientras que con el izquierdo señala la vía de la revelación de la Gracia, la quinta etapa del proceso cósmico.

Es importante destacar que aun si el concepto shivaísta encuentra fundamento en los *Vedas*, los shivaístas no reconocen la división social de las castas impuesta por los conquistadores arios, probablemente como recordatorio que el dios de su devoción hunde raíces en el pasado pre-ario, como lo demuestran los descubrimientos arqueológicos de Harappa y Mohenjo-Daro.

Cabe recordar entonces que lo que hoy reconocemos como civilización hindú no es la herencia privativa de los arios hablantes del sánscrito, sino por el contrario, como lo hizo notar Mircea Eliade y como generalmente sucede en la historia de las civilizaciones, es el resultado de la combinación, intercambio y depuración de diferentes corrientes culturales y lingüísticas que se podrían remontar a influencias austroasiáticas todavía notorias en el sureste de la India.

Es muy posible que el shivaísmo haya sido una influencia mucho más importante no sólo en el subcontinente sino en todos aquellos lugares del continente asiático donde la meditación es una práctica importante. Corroborando esta hipótesis se han localizado textos tántricos en la hoy conflictiva región de Cachemira con una tradición de más de cinco mil años de antigüedad, que sustentan los preceptos básicos del budismo Zen. Estos textos contienen las conversaciones entre Shiva y Shakti, su esposa, sobre el camino a la liberación. Shiva, la Conciencia, el Ser; Shakti, la energía, el poder de creación. En esencia, muestran cómo el shivaísmo es un conjunto de aforismos y enseñanzas prácticas que pretenden describir y apoyar el proceso de liberación de los devotos mediante técnicas psicofisiológicas, como la concentración y los ejercicios de respiración dirigidos.

La tradición shivaísta es tal vez la más antigua que existe y en ésta se encuentran grandes personajes de la poesía y el pensamiento hindú que la han renovado; entre ellos Ksemaraja, Vasugupta, Lallesvari y Abinavagupta. Sus comentarios o poesías bien podríamos comprenderlas a la luz de otras experiencias de Ascención o expansión de la conciencia, como la poesía de San Juan de la Cruz o los poetas que escribían los versos *haiku*, en Japón.



Al final

Aunque el tema es muy amplio y con muchas vertientes, difíciles de abarcar en un ensayo tan breve como éste, quisiera resaltar que uno de los objetivos ha sido generar el interés por reconocer que es posible una práctica efectiva de ejercicio espiritual para alcanzar las más altas esferas de lo sagrado y lo divino que habita en el corazón humano. Y es esta práctica espiritual el contenido que fundamenta, por su dimensión civilizatoria y su refinamiento moral, el más importante logro político del siglo XX: la independencia de la India por la vía de la no violencia y la verdad (*ahimsa* y *satya*) "legado común del espíritu filosófico hindú" (5). Y aunque existe el riesgo de un pesimismo devastador al poner la voluntad y el esfuerzo en lo ilimitado, Mahadevan, uno de los más importantes divulgadores del pensamiento de su cultura nos advierte:

> Cuando los grandes pensadores de la India piden que se tome conciencia de la transitoriedad del mundo finito, no pretenden hacernos despreciar el mundo, ni que lo abandonemos a toda prisa; por el contrario, buscan que revaloremos el mundo al reconocer que la realidad infinita y eterna es su sustrato (6).

Notas

(1) *Poema de Lalleshvari*, de la tradición shivaísta.
(2) Mahadevan, TMP. *Invitación a la filosofía de la India*, FCE, México, 1998, p. 245.
(3) *Ibidem*, p. 245.
(4) *Ibidem*, p. 246.
(5) Mahadevan, TMP, *op. cit.*, p. 320.
(6) *Ibidem*, p. 319.

Bibliografía

Eliade, Mircea. *El Yoga. Inmortalidad y libertad*, FCE, México, 1991.

Ksemaraja. *Pratyabijñahrdayam: The Secret of Self Recognition*, Motilal Banarsidass, Delhi, 1998.

Mahadevan. TMP. *Invitación a la filosofía de la India*, FCE, México, 1998.

Muktananda. *El secreto de los Siddhas*, SYDA Foundation, Nueva York, 1982.

Reps, Paul. *Zen Flesh, Zen Bones Anchor*, Nueva York, 1930.

Alimañas



Diego Velázquez Betancourt

La sed lo atormenta en la madrugada, siente en el paladar la raspadura arenosa de la lengua, como un rastrillo desdentado royendo el piso de tierra. Pero no se atreverá a bajar las escaleras a esta hora, a salir al frío de las baldosas y a la oscuridad crónica del pasillo. Prefiere permanecer en la tibia seguridad de la cama, oyendo el crepitar incesante del reloj, el monótono caminar del reloj, la angustia continua del segundero. Comprobará al día siguiente, en la cocina, que todo está intacto: la fruta sobre la mesa, los pisos relucientes, los vasos en los estantes, los cuchillos alineados en los cajones, impolutos. Por más que examine debajo del sillón o entre las aburridas figuras de porcelana, o al fondo de los zapatos, no hallará el menor rastro de ellos. La chuleta café, envenenada, continuará sobre el plato, descomponiéndose al paso de los días.

—¿Cómo va todo, don Parménides?—le pregunta el caporal de una hacienda cercana, recién lavada la cara en el arroyo, mientras guía un hatajo de vacas.

—Creo que hay ratas.

Ya ha vuelto a poner veneno (como aquella vez), y trampas mecánicas en esquinas clave, las que deben transitar los roedores en sus correrías nocturnas. Sin embargo, cualquier día siguiente están todavía vacías, inmóviles, con el pedazo de carne al fondo, inservibles.

—¿Qué tal, don Parménides?— grita un joven, montado en una mula.

—Creo que se metió una víbora.

Siente en la mano derecha una mordida punzante, un dolor que apenas se insinúa. Examina los dedos avaramente, como si en lugar de cinco tuviera miles y hubiera que ser meticuloso al revisarlos: cada falange, cada arruga: examina la mano en busca de diminutas mordidas inexistentes.

—Buenas tardes— saluda una voz escondida en las alargadas sombras de las palmeras.

Don Parménides responde con gesto vago a la silueta, antes de adentrarse al pasillo de la casona. Han pasado ya veinte años y los patrones no regresan. Se fueron precipitadamente (no recuerda por qué causa), dejando la cocina repleta de trastes sucios, la biblioteca con los estantes en desorden, toda la ropa en los roperos. Si vuelven, cuando vuelvan, habrá acabado con las ratas y las lagartijas: la labor estará cumplida. Don Parménides, como si cumpliera un ritual, disuelve veneno en trozos de pollo, disuelve veneno sobre la chuleta putrefacta del plato blanco. Los patrones no podrán reprocharle, excepto, quizá, la falta de luz, que cortaron casi después de que ellos se fueran: pero hay velas e improvisados candelabros en botellas viejas de refresco, chorreadas de cera. Los patrones descubrirán que sus habitaciones siguen como las dejaron. Carolina encontrará la peineta rosa sobre la colcha de su cama, sus listones, las partituras amarillentas.

—¿Cómo estás, Parménides— gritó un anciano al día siguiente.

—Creo que invadieron los sapos.

Sabe con claridad que le han comido ya un dedo del pie, que la falta de ese miembro lo obliga a cojear. Si se queda descalzo puede ver cuatro dedos, pero si los cuenta son cinco. Cinco dedos completos, como si se reprodujeran al ser contabilizados: de lejos cuatro, porque en la noche nada los detiene, y se escurren por entre las cobijas y lo muerden, lo mastican, lo engullen.

—¿Cómo te va, viejo?— le hablan los muchachos, cuchicheando un misterio de tiempos remotos, algo sobre una paranoia cíclica.

—¿Tienen un madero que no les sirva?

Don Parménides necesita fabricarse una muleta, y los muchachos se ríen de él a sus espaldas. A veces pide rollos de vendas, porque en la noche, mientras duerme, sabe que le sangran las uñas, las orejas, y hay que cubrir las heridas, sanar esas hemorragias invisibles. Durante el día la casa parece un aliento mudo, nada inquieta sus salones mortecinos, a no ser el ruido lento del reloj, los segundos encorvados del tiempo.

—Parménides— saluda su antiguo amigo, el abogado, con leve inclinación de la cabeza.

—Los alacranes.

En la madrugada le da sed, pero olvida siempre subir agua, una garrafa de agua y un vaso. El insomnio de la sed le hace concebir la idea de que él no duerme jamás, que tiene los ojos abiertos al cielo raso durante horas, que sólo escucha el reloj y el sonido apagado de la maleza, a través del cristal cerrado y las cortinas. Pero sabe que de alguna manera debe dormirse más de lo requerido, de lo contrario no le rasgarían las mejillas, no morderían sus testículos, no encontraría dentelladas leves en sus axilas.

—¿Ya mataste a las ratas?

—No caen.

Las trampas exhiben sus intactas bocas de metal, vacías al día siguiente, como si no hubiera ratas ni serpientes ni sapos. Los tenedores y cuchillos están en los cajones, alineados, impolutos. El olor de la chuleta parda invade el salón de piano, donde se sentaba Carolina a entristecer los retratos de las paredes con las notas suaves de un lento vals. Detrás de las figuras de porcelana, en los escasos libros de la biblioteca, no hay el menor rastro.

—Si al menos cagaran.

Antes de que cierre la noche prepara las ratoneras, la chuleta, los mosquiteros pegajosos. Disuelve sobres de veneno sobre los restos de su propia comida, dispuesto a matarse de hambre con tal de que los animales se mueran. Ahora carga un par de muletas porque no tiene pies, porque se los devoraron mientras dormía. Quizá por eso la sed lo mantiene despierto: porque no tiene pies ni mejillas ni nariz, sólo un jirón envejecido de cuerpo.

—Parece que esperaras a alguien, Parménides— dice el sereno que descubrió los cadáveres de la familia veinte años atrás, amoratados por el veneno. Pero Parménides, pálido, con el cabello hirsuto, ojeroso, no responde, se balancea en la mecedora, oculto tras la oscuridad: le han comido todo el cuerpo, ya no tiene ni siquiera voz, ya es menos que nada. ¿Qué les dirá a los patrones? Si ya la casa está saturada de alimañas.

-Creo que hay ratas.
una muleta
Si al menos cagaran
invadieron los sapos
alimañas

El sonido es roca
Naturaleza triste reclama
Lejos se posa el límite
Donde la ausencia se balancea

Raquel González Franco

Profetas I
Grabado en metal (2003)

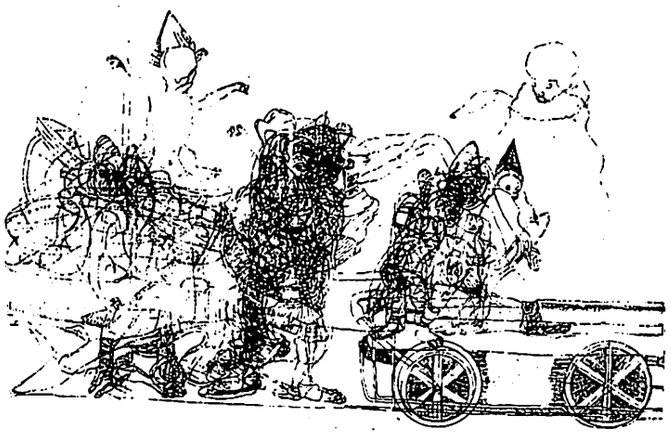
Ensayo para un monólogo
de **Víctor Leyva**

Víctor Leyva practica hoy en día una suerte de alquimia plástica poco frecuente en el arte contemporáneo. Creador plenamente vivencial, Leyva consume insaciable esa potente sustancia que secreta la vida para luego domarla y manipularla, apuntalando visiones de elegancia grotesca e histriónica. Al punto podría decirse que sus grabados tienen un efecto narcótico sobre el que los observa, alucinantes puestas en escena que aluden lo mismo al espanto que al placer y desnudan arquetípicamente al hombre en su locura y sus actos de atrición.

Ricardo Alonso



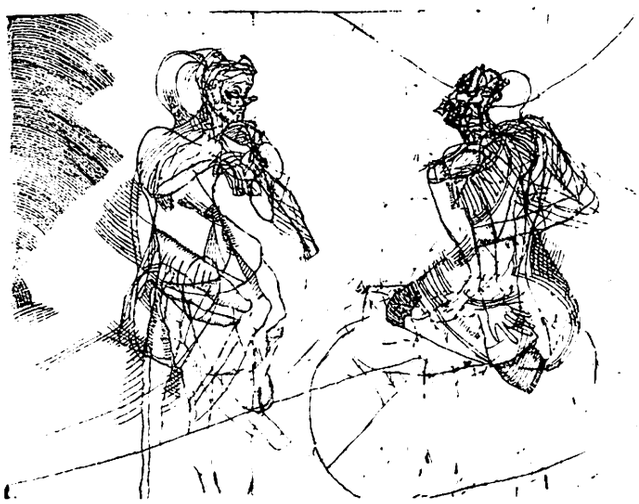
Pequeño tríptico III
Grabado en metal (2003)



Profetas II
Grabado en metal (2003)



Sembradores de trigo en un campo de cuervos
Grabado en metal (2003)



Ensayo para un monólogo
Grabado en metal (2003)



Hombre bomba
Grabado en metal (2003)



Pequeño tríptico II
Grabado en metal (2003)

Lo que sé del infinito

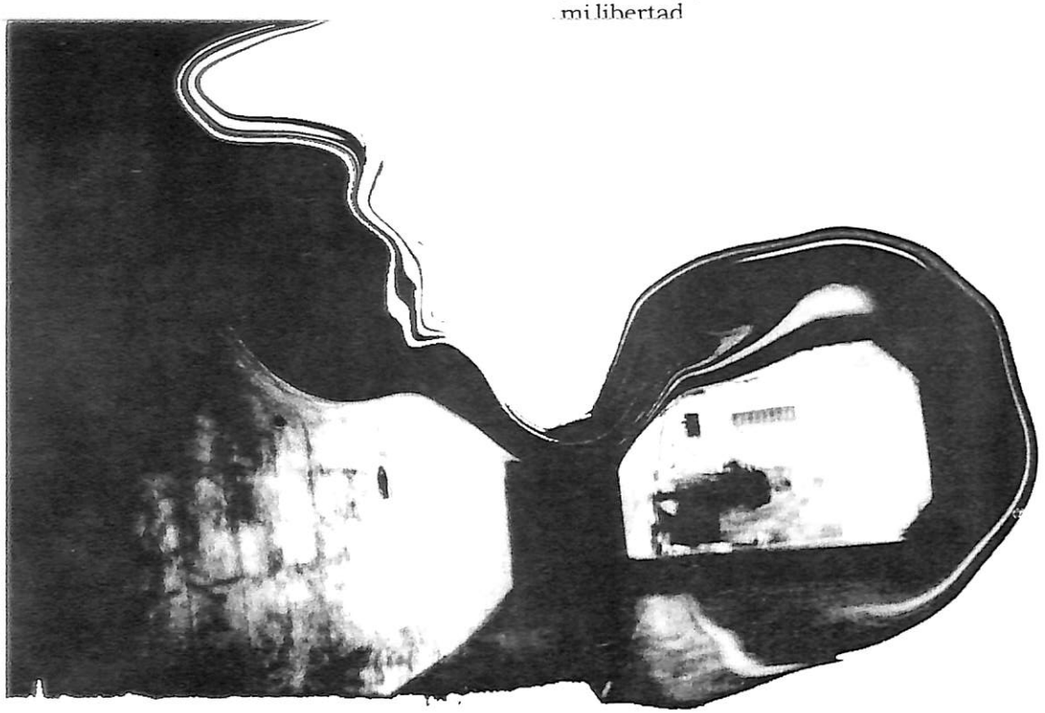
Alejandra Chio Bazany

Seguramente alguna vez soñé con el espacio y quise alcanzar el infinito.

Después creí que el conocimiento del mundo, incluida yo, me conduciría por sendas laberínticas al infinito.

Pronto entendí que el conocimiento sólo sería posible si lo vivía, así que comencé a vivirlo. Me convertí en cualquier teoría actuante, y, como camaleón, metamorfoseaba el color de mis premisas y confundía las conclusiones.

Más tarde, caí en una crisis nerviosa en la que abstracciones desconocidas me rompían la cabeza. Desesperada por no alcanzar el infinito, traté de darle una explicación lógica a mi fracaso. Imaginé al infinito como el conjunto que contiene a todos los conjuntos, pero que se contiene y no se contiene a sí mis-mo. La paradoja me embriagó de espacio, me limitó a mi propio cuerpo de la manera más atroz y rompió mi libertad.



Un espacio vacío se abrió bajo mis pies. Me espacié en él y caí, resignada ya a no alcanzar nunca al infinito.

Conforme iba cayendo por ese túnel sin fronteras, lloraba al infinito; lloré su ausencia y su crueldad. Mientras más lloraba, el túnel, ese espacio que creí vacío, se fue llenando de agua, al punto de cobijarme. La velocidad de mi cuerpo disminuyó bajo la presión de mis lágrimas, que ya eran agua infinita. Este pensamiento me iluminó e imaginé al infinito como un espacio acuoso. La esperanza descendía conmigo.

La promesa del infinito se desvaneció cuando mis pies tocaron tierra. El agua desapareció succionada por un hoyo negro que, tras la última gota, terminó cerrándose como una herida.

Aparecí entonces en un desierto. Caminé sin saber dónde estaba, a dónde llegaría, cuándo ni por qué. El infinito dibujaba una interrogación en mi espalda.

No sé cuánto tiempo pasó, si es que pasó, cuando allá, a lo lejos, apareció un punto de luz suspendido en el espacio. El punto de luz viajó a su velocidad y vino a clavarse entre mis dos ojos.

En ese momento tuve la certeza de que alguna vez soñé con el espacio y quise alcanzar el infinito.

(Sale llevándose a rastras a su hijo que no termina de vestirse, pues se mantuvo distraído jugando al balero. El embajador, ensimismándose en su escritorio, adopta un tono reflexivo.)

Embajador: Bueno, la noticia debe tener algo positivo, espero que en Brasil voy a reposar de la excesiva mundanidad y a ocuparme de mi trabajo literario. Mis ojos, frotados de paredes en Buenos Aires, descansarán con perspectivas más espaciosas... *(subiendo los pies al escritorio)* Me imagino que voy a este semiparaíso del trópico en busca de algunos de esos secretos de felicidad o juventud perenne que se dan en la virtud de ciertas plantas o yerbas, o... mujeres maravillosas...

(Se oye la voz de la esposa gritando, lo que parece sacarlo del embeleso causado por sus últimas palabras.)

Esposa: ¿Ya estás listo?, ¿o debo terminar de vestirte como al niño?

Bifurca-decisión

El embajador, de mala gana, se empieza a vestir refunfuñando (Cuadro 5).
El poeta decide que no va a la cena (Cuadro 2).

Cuadro 2

(Se encuentra en los portales del centro de Cuernavaca, en una mesa con algunos libros, varias tazas y un cenicero rebosante, leyendo y escribiendo concentrado en su traducción de La Ilíada.*)*

Poeta: Bien que lo recuerdo, esa noche no fui a la cena, en cambio leí un cuento titulado *El Aleph*, que por timidez fingió dejar olvidado Jorge Luis sobre mi escritorio, mientras yo acompañaba a Victoria Ocampo y Pedro Henríquez Ureña a la puerta, donde nos alcanzó minutos después con su lento andar como de barco naufragando.

Jorge Luis es un mago de las ideas. "Transforma todos los motivos que toca y los lleva a otro registro mental. Los solos títulos de sus libros hacen reflexionar sobre una nueva dimensión de las cosas y parece que nos lanzan a un paseo por la estratósfera: *El tamaño de mi esperanza, Historia de la eternidad, Historia universal de la infamia,* etcétera. Ya inventa una región inédita y olvidada del mundo, donde se pensaba de otro modo... ya inventa a un escritor francés que se propone reescribir íntegro el texto del Quijote... ya imagina una biblioteca de todos los libros existentes y todos los libros posibles; ya una Babilonia gobernada, no por leyes sino por una especie de Lotería Nacional. Lo cual, bien mirado..."

(Pasa un vendedor de lotería y le ofrece un "cachito", después un niño vendiendo chicles y otros más ofreciendo con insistencia: globos, dulces, paletas y otras muchas mercancías. Agobiado por la turba vendedora, voltea angustiado a su alrededor buscando ayuda. Inesperadamente un perro ahuyenta a los intrusos y meneando la cola muy ufano se echa a los pies del asombrado poeta.)

Poeta: Vaya, un perro amigo de los poetas. Si Héctor el del casco tremolante hubiera tenido un aliado como tú, canino amigo, quizá hubiera logrado vencer a los aqueos.

Yo, en este día, para reconocer tu noble gesto, honraré tu memoria escribiendo un breve relato al que titularé...

(Se pone a escribir con gran rapidez y tras unos instantes comienza a leer en voz alta mientras escribe.)

Érase un perro.
"Por la terraza del hotel, en Cuernavaca, como los inacabables mendigos y los insolentes muchachillos del chicle, van y vienen perros callejeros, en busca de un bocado. Uno ha logrado conmoverme.

Es un pobre perro feo, pintado de negro y blanco, legañoso y despeinado siempre. Carece de encantos y de raza definida, pero posee imaginación, lo que lo enaltece en su escala. Como el hombre en el sofista griego —fundamento del arte y condición de nuestra dignidad filosófica—, es capaz de engañarse solo.

Se acerca siempre sin pedir nada, a objeto de que la realidad no lo defraude. Se tiende y enreda por los pies de los clientes, y así se figura tener amo. ¿Algún puntapié, algún mal modo, alguien que lo quiere echar de la terraza? El perro disimula, acepta el maltrato y vuelve, fiel: nada solicita, sólo quiere sentirse en dependencia, en domesticidad humana, su segunda naturaleza.

Los amos no son siempre afables, pero él entiende: los tiempos son duros, la gente no está de buen humor, los países andan revueltos, el dinero padece inflación, o sea que el trozo de carne está por las nubes. Toynbee diría que cruzamos una 'era de tribulaciones' (*age of troubles*), algo como haberse metido en una densa polvareda. El perro entiende. Por lo pronto ya es mucha suerte tener amos, o forjárselos a voluntad.

A veces, una mano ociosa, a fuerza de hábito, le acaricia el lomo. Esto lo compensa de sus afanes: 'Sí —se dice meneando el rabo—, tengo amo, amo tengo'.

Hay algo todavía más expresivo cuanto a la ilusión del pobre perro, y es que se siente guardián del hotel y gruñe a los demás perros y los persigue para que nadie moleste a sus señores ni mancille su propiedad.

Así de espaldas a sus semejantes, sentado frente a su humana quimera, alza la cabeza, entra en éxtasis de adoración —y menea el rabo. (¿La 'servidumbre voluntaria'?)"

(Pasa Salambó Salambona frente a su mesa, como buscando a alguien y se sienta en la única mesa disponible hojeando una revista distraídamente. El poeta la sigue como acariciándola con la mirada. De repente se marcha apresurada.)

Bifurca-decisión

El poeta la sigue (Cuadro 7).
El poeta sigue escribiendo (Cuadro 3).

Cuadro 3

Poeta: Trabajo pocó y de mala gana, no quiero ni puedo escribir, mi desinterés es universal. Tengo gran necesidad de reposo en soledad, pero nadie parece comprenderlo.

Paso días muy amargos en los que no logro someter el desinterés de la mano con la pereza del espíritu. Total incomprensión de mi gente. Me duele tanto que vivan reclamándome por desear la libertad para enfrentar a solas mi sufrimiento sin incomodar a nadie. ¡Y pensar que sólo deseo un poco de independencia económica que me permita leer y escribir en paz, ni que pidiera tanto! En fin, yo sé bien que el amor al momento presente es el fundamento del espíritu clásico y este amor implica una alta convicción moral; la de que no hay más digna manera de vivir que cumplir cabalmente con todos los instantes de la vida.

(Se pone a escribir mientras pide una bebida y prende otro cigarro.)

Poeta *(voz interior)*:
De cara a los volcanes hoy prefiero,
pues la ambición y la ignorancia igualo,
deletrear las páginas de Homero,
que me acompaña para mi regalo.

Ensayo, me intimido, persevero,
aquí tropiezo y más allá resbalo:
otro volcán viviente y verdadero,
otro fastigio y otra cumbre escalo.

Pronto el cielo se opaca y estremece,
y el aguacero se desencadena.
Septiembre ruge, la nubada crece,

y cada vez que el horizonte truena,
la soberbia de Aquiles resplandece
y el viento gime con la voz de Helena.

(Desde una mesa cercana la poetisa de espaldas escribe, dobla las páginas escritas como avioncitos y los lanza hacia la mesa del poeta, éste intrigado toma uno de los aviones, lo desdobla y lo lee escuchándose la voz de la poetisa.)

Querido poeta: Me atrevo a enviarte por vía aérea este soneto que escribí sólo para ti. O mejor dicho, para esa parte tuya que también a mí me pertenece. Quedo esperando tu respuesta aleve: La poetisa indivisa.

Doce veces menstruó noventa y nueve:
¡Y en tanto, tú, vencido y cabizbajo,
discurrías meciendo ese badajo
que ningún repicar yergue o conmueve!

¡Oh, cuán la vida nos resulta breve
para cortarle a la epopeya un gajo!
¡Qué pronto desistió de su trabajo
este huevón que no hace lo que debe!

Inútil es que invítenlo o lo llamen,
exhorten, amenacen o supliquen,
froten, estrujen, rueguen o reclamen.

Perezoso y undívago cual liquen,
no pediremos ya que te lo mamen,
sino -siquiera- que te lo mastiquen.

Poeta: Esta poetisa más que indivisa será por lo pronto interpelada. Ya lo verá esta mula osada, ahora mismo escribo la respuesta.

(Escribe airado, al terminar llama a la mesera para que entregue la respuesta a quien corresponda. Al entregarla y leer la poetisa se escucha la voz del poeta.)

¡Ay, poetisa, no seas impaciente,
que así recela y se amedrenta el nabo!
Y el que a ratos se ponga negligente
es más viejo que "préstame un ochavo".

Confirma Ovidio que ello es muy frecuente,
porque Juanito al fin no es nuestro esclavo;
vive su vida propia, independiente,
y eso yo me lo sé de "cabo a rabo".

Es al ñudo —que dice el argentino—
sacudir a Juanito cuando duerme,
que así mueren las civilizaciones.

Prudencia, poetisa, prudencia y tino:
huye el combate cuando estés inerme
y da un poco de paz a mis cojones.

(La poetisa se levanta indignada abriéndose paso entre las mesas a paraguazos e insultos, al llegar a la mesa del poeta lo rodea como el depredador a la presa.)

Poeta: Mucho gusto señorita, yo soy...

Poetisa *(interrumpiéndolo)*: Sí, yo sé muy bien quién eres tú poeta de pacotilla .

Poeta *(conciliador)*: Y ¿usted es...?

Poetisa *(acechándolo)*: ¿Que quién soy yo insensato...?

Shakespeare me llamó genial
Lope de Vega infinita
Calderón bruja maldita
y Fray Luis la Episcopal.

Rubén Darío la hemorragia,
la hechicera de la magia.
Machado la alucinante,
Villaurrutia enajenante,
García Lorca la grandiosa
y yo, me llamé la diosa.

Poeta *(regocijado)* :
Homero, la flor sabrosa
libre y jacarandosa
loca de atar y genial...

Poetisa: *(cambia su enojo por coquetería, se acerca y le pregunta melosa después de meter bajo su vestido un cojín de una silla vacía a manera de vientre de embarazo)* ¿Verdad poeta que este hijo es tuyo?, ¿verdad que puedo decir a todos que este fruto tú me lo sembraste?

(Se sienta a horcajadas sobre el poeta, quien le contesta complaciente):

Poeta: Sí, poetisa, sí, puedes decir a todos que ese hijo es mío, pero, ándale, vete a la casa, la tarde está enfriando. Mira; laureles y jacarandas rebosantes del trinar de las urracas anuncian ya la noche y hay que cuidar del frío a la criatura, yo te alcanzaré más tarde...

Poetisa: Está bien, pero para estar segura que tú eres el padre, quiero que me regales... un poco de tu...

(Mete la mano en la entrepierna del poeta, pero repentinamente la levanta y le exige apuntando a la cabeza.)

...Ingenio, sí eso es, quiero que me regales un poco de tu ingenio, ¿qué tal un verso a consonante forzada?.

(El poeta resopla aliviado [fiu] y se limpia el sudor que perla su frente.)

Poeta: Está bien, está bien, que te parece este:

Yo, que ayer fui diplomático,
aunque un tanto morganático,
y hoy las doy de catedrático
de lo español y de lo ático,
temí parar en maniático
entre el trajín burocrático,
y huí, como del tifo exantemántico,
del trato chirle y del estilo enfático.

Y ahora sí, cumplido el encargo, anda poetisa ve a tu casa redonda. *(Suplica el poeta enfático.)*

(Sale la poetisa a regañadientes, muy lentamente diciendo):

Poetisa:

Casa redonda tenía
de redonda soledad
el aire que la invadía
era redonda armonía
de irrespirable ansiedad.
Y de ese ambiente redondo
redondo por negativo,
mi corazón salió herido
y mi conciencia turbada
un recuerdo mantenido,
redonda, redonda nada.

Poeta: Yo nunca olvido la cara de una mujer, pero creo que con esta loca voy a hacer una excepción.

Bifurca-decisión

El poeta recoge sus cosas y se va (Cuadro 6).
El poeta sigue escribiendo (Cuadro 4).

Aldea Global con Francisco López
Lunes 17:00 hrs
106.1 FM
www.ufm.uaem.mx





cuenta69@hotmail.com



bicicIope diseño gráfico
cristobal sanchez

bicicIope_dsg@hotmail.com
(01 777) 3 15 75 74

((rico pero sabroso))



COLECTIVO

colectivovelva@hotmail.com



moffettamedadesign@hotmail.com
WEB ANIMACION MULTIMEDIA

Agradecemos a la Facultad de Humanidades de la UAEM las facilidades brindadas para la edicón de este número.

Este TABIQUE se realizó con el apoyo del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes 2002-2003